

de España. Y no solo por la cantidad y variedad de sus materiales, sino también por lo fino de su edición, que se halla precedida de un prólogo de cuarenta páginas muy intenso y pedagógico, que luego nos va entregando los relatos al hilo de una ordenación inexorable, y que establece muy acertadamente las concordancias de la mayoría de ellos con sus signaturas correspondientes en los catálogos de cuentos internacionales más al uso (Aarne-Thompson-Uther, Boggs, Hansen, Robe).

Si la calidad de sus materiales y de su elaboración académica lo convierten en un libro de alta investigación, la claridad con que está construido hace de él, además, un libro modélico para su uso justo en el ámbito en el que nació: el de los programas de enseñanza secundaria que pretenden familiarizar a los jóvenes con el mundo (y los métodos de recolección y de presentación) de los relatos de la tradición oral.

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
Universidad de Alcalá

Eduardo Vera Luna. *Maestros del son*. México: Ediciones Tenoch / Gobierno del Estado de San Luis Potosí / CONACULTA, 2011; 131 pp.

Alguien podría preguntar qué podría aportar un libro de fotografía al análisis de las culturas populares. Mucho, respondería sin pensarlo; más cuando de él emana polvo de camino y sonidos del alma. Tal vez a un título tan corto le merecería un colofón que diga: "Imágenes del México profundo", o "Al filo de la tradición". El libro que reseño en las siguientes líneas me provoca de antemano un caudal de recuerdos, tengo que ser franco. Más de 200 fotografías dejan testimonio de la vida y milagros de un fotógrafo andariego y trahumante, pero al mismo tiempo redescubren a propios y extraños el monumento inigualable del patrimonio musical de todo un país.

El abordaje analítico de una imagen conlleva a distinguir varios aspectos. Ahora, el de todo un libro de imágenes nos obliga a

avanzar por partes o fragmentos. El primero, sin proponer una jerarquía en importancia, podrían ser los personajes, un elemento sin duda rico en este libro. La portada ya nos muestra a una leyenda de la música tradicional, don Leandro Corona Bedolla, violinista que falleció a los 102 años de edad, acompañado de su cuñado, biógrafo y amigo, don Bernardo Arroyo. Y es que el músico tradicional genera amistades por las propias especificidades de su labor, y estos dos hombres seguramente ahora son amigos en el más allá. Otra leyenda podría ser don Heraclio Alvarado Téllez, “don Laco”, que aún sigue regalando sonos de carnaval en lo profundo de la sierra. Tal vez dos leyendas no menos luminosas podrían ser don Elías Meléndez y don Higinio “el negro” Tadeo. O el gran trovador serrano Guillermo Velázquez.

La lista es interminable: don Zacarías Salmerón de Tlapehuala, don Andrés “el güero” Vega de Boca del Río, don Vicente Murillo “Chentito” de El Capote, don Ricardo Gutiérrez de Apatzingán, don Lupe Reyes de El Refugio o don Ángel Tavira de Iguala. La tradición hecha músico. Pero no se trata de un álbum de estampitas este libro. Hay verdaderos momentos de fortuna en las fotografías: niñas zapatistas bailando sobre el color de la tierra, huicholes inmersos en las ciudades de asfalto, un volador que desciende de las nubes, un tlachiquero extrayendo el néctar del maguey o la tradicional quema del castillo o, incluso, un sencillo y mágico atardecer. Asimismo, como en todo fandango, hay también héroes anónimos, bailadores y trajinantes, gente de campo, niños y jóvenes que tal vez sean legendarios en unas décadas más, pero que ya han quedado capturados entre las páginas de esta obra.

Otro elemento que hay que observar es esa artesanía que resulta ser la herramienta de trabajo del músico, su arma para alegrar corazones y despertar la pasión al ritmo de la música. El vareo de los violines rasga las páginas. El sonido chillón de cuerdas tan delgadas se vuelve arte en las manos de los ejecutantes, no importando que sean orientales (chinos), de Paracho o de la tienda de música más cara del pueblo. Pero me interesa llamar la atención sobre las guitarras. Las “guitarritas”, para los no iniciados. Las jaranas del Sotavento, delgadas y alargadas, hechas de

un solo tronco de madera, de cuerdas dobles; las diminutas de la huasteca; o las otras jaranas, las del Occidente, de cinco cuerdas sencillas, también llamadas “de golpe”; las panzoncitas vihuelas o esos artefactos enormes llamados coloquialmente toloches donde, incluso, se puede uno acostar si se tardan mucho “los de la cultura” en comenzar el evento, como quedó reflejado en una imagen.

Entre los instrumentos que se identifican a lo lejos está el guitarrón mariachero, pero otros no menos simpáticos son la leona o la gariboleada quinta huapanguera, o aún más bromosos, como el arpa grande. Por ahí andará alguna guitarra sexta para interpretar canción o corrido. Otros instrumentos más exóticos serían la quijada de burro, o el cajón (con el cual se batalla para demostrar que no es un banco para sentarse). Pero la familia que reluce entre sus hermanos los cordófonos son los saxofones, clarinetes, tubas y saxores. Las tarolas y las tamboras. Otros comúnmente menos apreciados en el son, pero que indudablemente son indispensables para los invitados, son las tarimas, pequeñas o grandes, personales o masivas, dependiendo del género y sus necesidades. ¡Qué haríamos los músicos sin la tarima! Andaríamos vagando sin punto fijo, sin dios (o diosa) a quién tocar con nuestros sonidos.

No podían faltar, a modo de muestra, las fotografías de grupos de danza. Las muy conocidas como la danza de Viejitos, o del Volador; otras muy impresionantes como la de Diablos o la de Mecos. Algunas poco ubicables como las Huananchas, la danza del Rey Colorado o la de Chuleros. También se encuentran las dos facetas de los concheros, con naguas y sonaja, y los estrafalarios atuendos de la danza azteca. Por supuesto, el baile también tiene sus juegos coreográficos, representados en el son de El Zopilote, en su variante de Guerrero.

Respecto de los entornos y lugares, el libro no se queda atrás en riqueza y diversidad. La Tierra Caliente del suroccidente de México destaca aquí entre los ambientes naturales de esta inagotable sala de fotografía que es nuestro país: Zicuirán, Cieneguillas del Huerto, Tecalitlán, Ciudad Altamirano o Arcelia. Del lado del Golfo destaca la bella Tlacotalpan, la calurosa Playa Vicente, Ve-

racruz, o la resea Tuxtepec, Oaxaca. De la Huasteca: Citlaltépetl, Pánuco, Orizatlán o Huejutla. De la Sierra Gorda sobresalen el Real de Xichú, Purísima de Arista y Jalpan de Serra, y su Zona Media, que es Río Verde. Otros lugares no menos poderosos para la música tradicional están representados, tales como Tlayacapan, Tlaquepaque, Jarácuaro, Paracho y Ahuiran; y ciudades como Querétaro, Manzanillo, Tlaxcala, Guadalajara, Morelia y Lázaro Cárdenas, sin faltar los foros ya bautizados en el son como el Museo de Culturas Populares y la Normal de Maestros en la ciudad de México.

Por supuesto, no todo queda en nombrar los lugares. Los contextos son lo más importante: niños y adultos disfrutando de la plaza, el jardín o la cantina. Casas de madera, casi en ruinas, como la del ya fallecido Cástulo Benítez de la Paz, guitarrero legendario de don Juan Reynoso, quien la sostenía sólo con la voluntad de atender a los que apreciaban su música. Las llanuras del Sotavento y su vera mojada por el río Papaloapan. Los billares donde los músicos eran apreciados anteriormente y hoy destaca más la rockola. Los jardines con su techo de árboles frondosos en Playa Vicente. La cama afuera de las habitaciones de Tierra Caliente, atrapando a don Leandro en sus últimos días. Los escenarios que aprecian a los Brujos de Huejutla y a los internacionales Camperos de Valles. La gran topada de Xichú, con su baile de sombreros texanos como una marea de incansable gozo y pasión. Cantinas donde conviven cuadros de Pedro Infante y “el Che” Guevara o, una barra donde, para no extrañar al animal, tiene en vez de bancos sillas de montar. También hay climas, como en Turicato, donde todo se da, todo crece: la música, las frutas y los corazones. O fotografías con fuerte misticismo en Oventic, Chiapas, donde “los sin rostro” nos muestran su alma, su ritualidad y su negarse a morir culturalmente. Ya sea en la playa, la sierra o el valle, la música revive la esperanza de un mundo mejor, o al menos, más cordial.

Y tal vez sea momento de dar rienda suelta a los sentimientos, pues en el libro hay jirones de piel de quienes hemos tenido oportunidad de compartir tanto con los músicos como con el mismo

Eduardo Vera un son, una cerveza, un tamal, una sombra de árbol, una ola, un mezcal o un fraterno abrazo. Momentos vibrantes donde aparecen las musas, esas aves floridas que son las bailadoras, moviendo sus alas de falda o rebozo; o ya de plano, *shorts* y minifaldas para distraer al mirón que se queda con las ganas de aprender. La vestimenta es cultura, y las fotografías son un muestrario de formas y momentos. El sombrero destaca por su variedad: el jarocho de cuatro pedradas, texanos, los de copa en pico, el terracalenteño con su listón negro, los adornados con su pluma o su alacrán, con listones de colores entre tzotziles, tzeltales y tojolabales, junto con su copia folclórica en los Viejitos de la meseta michoacana, o los de Tlayacapan con hilo en “v”, los adornados con flores para la danza, o con los tunditos de Dr. Mora, Guanajuato. En fin, los paliacates y sus formas de anudarse, las camisas a cuadros y de todos colores y materiales, las guayaberas, caras y sencillas para la presentación, o las de tirantes cuando uno los sorprende en su casa, y que Eduardo Vera ha sabido capturar con sus *flashazos*. Las botas, picudas, de víbora, chatas. Los tenis cómodos que le regalan los nietos al abuelito músico. Los huaraches de llanta, de grapa, cosidos, de tres, cuatro o más puntas. Las blusas tejidas de colores de arcoíris, los escotes con encajes, los rebozos tejidos a mano, los listones en las trenzas, las fajas, los bordados wixarikari, purépecha, teenek o tzotzil.

Y como la emoción va de la mano de la comunión, hay que hacer los honores a los que además del recuerdo, ya no los veremos más. A don Ángel Tavira, a don Lorenzo Sánchez “la Bonga”, a don Leandro Corona, a don Bernardo Arroyo, a don Zacarías Salmerón, a don Cástulo Benítez, a don Joaquín Reglado, y al desaparecido don José Jiménez que fue levantado y nadie más volvió a saber de él. Donde se hallen, sabrán que se les recuerda, y que ha quedado testimonio de su faz gracias a Eduardo. Otros conocidos más son Mono Blanco, los Zorreros, los Soneros del Tesechoacán, los Capoteños, los Jilguerillos del Huerto y un largo etcétera de músicos y promotores.

No me queda más que felicitar al autor, y a sus breves acompañantes que describen en pocas letras su sentir a raíz del trabajo

del artista, ya sea en prosa o en verso. Helio Huesca, Armando Herrera, Daniel Rodríguez, Ana Zarina Palafox, Claudia Mendoza, Guillermo Velázquez, Rodolfo González, Pancho Madrigal y Paco Romero dan sus pinceladas y retoques a las imágenes mostradas. Sus ámbitos, variopintos como los de la selección fotográfica misma, demarcan la importancia de la obra para públicos distintos, para el diletante, para el curioso, para el experto, para el acompañante, para el músico y para usted también, seguramente.

Después de mi recorrido enumerativo, al modo de la lotería tradicional, me despido pensando: todo cabe en un buen libro sabiéndolo fotografiar.

ALEJANDRO MARTÍNEZ DE LA ROSA  
Universidad de Guanajuato, Campus León

Pedro M. Piñero Ramírez. *La niña y el mar. Formas, temas y motivos tradicionales en el cancionero popular hispánico*. Madrid: Iberoamericana / Veruert, 2010; 726 pp.

Dice la copla que “Del árbol nacen las ramas y de las ramas las flores y de estas los amores...”, a la que al acercarnos al sugerente libro de Pedro M. Piñero Ramírez, *La niña y el mar...*, podríamos añadir un par de versos que digan que, asimismo, “Del oído nace el amor y de la voz, la escritura”. Amor que surgió en él tras escuchar el canto de su amigo e informante José María Capote Benot, quien en su memoria atesoraba las canciones aprendidas de su madre, joyas de la tradición andaluza que más adelante supo engarzar nuestro autor en este bello libro, auténtico homenaje a la voz de su tierra y a sus tradiciones. Testimonio de escritura que constituye un rescate a la vez que científico y riguroso, sensible y emotivo, de alguien que por su sabiduría y experiencia pudo, a partir de la gozosa vivencia de encuestador en Arcos de la Frontera, Cádiz, en casa de los Capote, seleccionar veinte canciones, tesoros, que a lo largo de varios años se fueron convirtien-